

La primera fundación

—¿Para qué nos ha citado el Padre Coindre? —preguntó la joven Catherine, una risueña muchacha que todavía no había cumplido los 15 años y que poseía una belleza fresca y saltarina.

—No lo sé —respondió Claudine Thévenet—. Solo ha dicho que es un asunto importante para la gloria de Dios.

En una sala contigua a la capilla de los retiros de la cartuja de Lyon estaban 12 mujeres, siete de ellas pertenecientes a la Piadosa Unión del Sagrado Corazón, y las cinco restantes, amigas de Claudine Thévenet. Estas últimas no podían pertenecer a esta asociación piadosa por diversas circunstancias, sobre todo porque estaban casadas. Ese día, el 31 de julio de 1818, se celebraba el segundo aniversario de la Piadosa Unión. Por la mañana, se habían reunido todas las asociadas, 20 mujeres, la mayoría de ellas muy jóvenes. Se alejaban un poco de la media de edad, la líder indiscutible del grupo, Claudine Thévenet, que tenía 45 años y la viuda Ferrand, de 36.

El Padre Coindre, promotor y fundador de la asociación, había celebrado la misa de acción de gracias en la capilla de los retiros. En la homilía había hablado de la obra que esas muchachas habían conseguido con pocos medios y mucho entusiasmo. De momento, ya tenían funcionando la providencia de San Bruno y habían tejido una red de caridad que alcanzaba a toda la ciudad. En la fiesta de San Ignacio de Loyola, el sacerdote también había destacado el espíritu interior que animaba a aquellas mujeres, que era como una hoguera capaz de expandirse y consumir todas las vanidades del mundo.

Al terminar la misa, habían pasado a una sala contigua donde estaban preparados unos dulces y una copita de vino, para completar la celebración. El ambiente era estupendo y nadie tenía prisa porque las gruesas paredes de las celdas de la cartuja protegían de la canícula exterior, y allí estuvieron celebrando hasta que cada una tuvo que marchar a atender a sus ocupaciones diarias.

De todos modos, antes de terminar la celebración, el Padre Coindre se había acercado a Claudine, que en aquel momento estaba charlando animadamente con el grupo de las muchachas más jóvenes y le había entregado un papel cuidadosamente plegado. Claudine se retiró un poco del grupo y abrió el mensaje. En el papel había una lista con 12 nombres.

—¿Qué significa esta lista? —preguntó Claudine.

—Me gustaría tener una reunión esta tarde —replicó el Padre Coindre.

—Pero aquí hay gente que no pertenece a la Piadosa Unión —dijo sorprendida Claudine.

—Lo sé, pero se trata de un tema distinto.

—¿Y qué tema es? —insistió Claudine.

—No sea impaciente. Espere hasta esta tarde. Solo puedo decirle que es algo muy relacionado con la gloria de Dios —concluyó el Padre Coindre.

Claudine dirigió al sacerdote una sonrisa de comprensión y asintió sin preguntar nada más. Ya estaba acostumbrada a los proyectos del Padre Coindre, un hombre de iniciativas constantes en favor de los escogidos por el Evangelio. Seguramente se trataría de alguna familia que necesitaba asistencia, una providencia que se había quedado sin almas caritativas para sostenerla o algún comedor social para los niños desamparados que llenaban las calles de Lyon. Así que desde aquel momento se ocupó en citar aquellas 12 mujeres para la reunión de la tarde con el Padre Coindre.

A primera hora de la tarde, allí estaban, pues, aquellas jóvenes mujeres esperando la aparición del sacerdote. Se presentó enseguida, apresurado como siempre y, tras los saludos protocolarios, cada una ocupó su sitio en las sillas preparadas al efecto. El Padre Coindre continuó de pie.

—Queridas hijas mías, hoy hemos celebrado el segundo aniversario del nacimiento de la Piadosa Unión. Esta mañana hemos visto como el Señor ha ido guiando nuestros pasos para hacer el bien en la providencia de San Bruno y en todos los lugares de esta ciudad donde Él nos ha ido llevando.

La atención del reducido auditorio estaba fija en las palabras y los gestos del joven sacerdote. Todas sabían que no se habían reunido para repetir el acto de la mañana, así que para nadie fue una sorpresa cuando el Padre Coindre terminó el primer párrafo de su intervención con la siguiente frase:

—Pero hoy, Dios nos pide algo más.

El ambiente se relajó un poco. Catherine, Aline, y Suzanne, ninguna de las cuales había cumplido los 18 años, se sentaban juntas. Se dirigieron miradas de complicidad. Su juventud y el entusiasmo adolescente de su vocación, les hacían imaginar una nueva misión, quizás en su barrio de la Croix-Rousse, o en el centro de Lyon, o igual tendrían que ir al extrarradio, a barrios populares y peligrosos como La Guillotière. Claudine, por su parte, acogió las palabras del Padre Coindre con menos entusiasmo. Estaba al límite de sus fuerzas, ya no podía dividirse y dividir su cuerpo para atender a más sitios. La caridad, que había comenzado con una devoción, en los últimos tiempos y por culpa de aquel sacerdote, se había convertido en una obligación, así que se atrevió a interrumpir al Padre Coindre y dijo:

—Con todo el respeto, Padre, creo que ya no somos capaces de hacer más cosas. Hay que tener en cuenta que cada una tenemos nuestra casa y, tanto las solteras como las casadas, también nos debemos a nuestras familias.

—De eso se trata precisamente —respondió el Padre Coindre con una sonrisa—, de las obligaciones familiares.

—No le entiendo —dijo Claudine.

—Lo que les estoy pidiendo, lo que les está pidiendo Dios en el día de hoy, es que las que puedan, las que no están casadas me refiero, dejen a sus familias y se reúnan en comunidad.

Estas palabras tuvieron un efecto inmediato en el auditorio, como el desconcierto posterior al estallido de una bomba. Al principio, el estupor por una propuesta inesperada y, después, las miradas de unas a otras para ver lo que estaba pasando por el corazón de sus compañeras.

—¡Qué nos hagamos monjas! —dijo Suzanne sin dirigirse específicamente a nadie, en una expresión que le brotó desde su interior de forma inevitable e inesperada.

—Sí —replicó el Padre Coindre—, que entreguen su vida al Señor, ahora y para toda la eternidad, para su propia salvación y al servicio de las niñas y de las jóvenes de todas las clases sociales y en cualquier parte del mundo.

—Pero Padre —respondió Claudine—, de esto no habíamos hablado. Tendríamos que conversarlo, ver las posibilidades que tenemos cada una, hablarlo con nuestras familias, y decidir en conciencia. Este es un proceso que puede demorarse un tiempo.

—Hija mía, lo entiendo, pero la repuesta no puede esperar. Siento que Dios ya ha preparado el camino y la ha elegido a usted para que cuide de este proyecto. Te pido, Claudine, os pido a todas, que se pongan delante del sagrario y respondan de corazón a corazón, de corazón al Corazón de Jesús, a esta llamada.

Claudine bajó los ojos en medio de una gran turbación. Las palabras del Padre Coindre, que era un santo, no eran para tomárselas a broma. Dios le pedía más. ¿Todavía más? ¿Hasta cuándo? ¿No le bastaba con todo lo que le había entregado hasta ahora? ¿Si ya era mayor para el matrimonio, no lo era también para el claustro?

Interrumpió sus cavilaciones cuando vio que el Padre Coindre salía de la sala. Vio que todas sus amigas le estaban mirando, esperando la primera decisión. Pero Claudine estaba demasiado confundida como para decir nada, así que se despidió, abandonó las estancias de la cartuja y fue caminando lentamente hacia su casa, madurando una decisión que podía cambiar su vida y la de muchas otras personas.

Algo más de dos meses después, a primeros de octubre de 1818, Claudine alquilaba una casa en la calle de Pierres-Plantées, en el barrio de la Croix-Rousse de Lyon y, junto a una joven pero experimentada tejedora de 20 años llamada Jeanne Burty y a una niña huérfana acogida por ellas, ponían en marcha la primera comunidad de las Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Algunas muchachas que habían estado presentes en aquella reunión del día de San Ignacio también se unieron, poco tiempo después, al proyecto.